

sistido por trece años al valor castellano, iba ya á ser uncida como otras muchas—y en un dia no muy lejano—al carro de la vencedora España. El hambre, la sed, la desnudez, las batallas, el temor de una muerte oscura, el continuo viajar por un país cálido y boscoso... todo esto iba á desaparecer próximamente. El descanso, la abundancia, las encomiendas de indios, el oro y la plata de cuyo hallazgo no se desesperaba todavía, vendrian en cambio á recompensarles de tantos sinsabores y trabajos.

Imbuidos en estos sentimientos, los conquistadores trataron régicamente á sus huéspedes, con las provisiones —es verdad— que estos mismos habian traido; pero con aquel agasajo y obsequioso respeto, que tanto estiman los que creen valer algo en el mundo. Tutul Xiú quedó tan satisfecho de esta acogida que permaneció en el campamento dos meses, durante los cuales habló un poco de religion con el P. Hernandez, y mucho con D. Francisco de Montejo, sobre los medios que debian emplearse para alcanzar la sumision de todo el país. Retiróse por fin á sus Estados, prometiendo al general español que muy pronto tendría noticia de sus trabajos.

El regocijo de los castellanos puede apreciarse por un hecho que no carece de interés. Luego que Tutul Xiú hubo explicado el motivo de su visita en la tienda de Montejo, se consultó el calendario para saber á que santo se debia este favor especial de la Providencia, y se encontró que era dia de San Ildefonso, quien fué desde luego proclamado patron de la colonia. Gracias á este rasgo de piedad, podemos decir á nuestros lectores que el importante hecho que acabamos de referir, tuvo lugar el 23 de enero de 1541.

CAPITULO XII.

1541-1542

Reflexiones sobre la conducta de Tutul Xiú.—Cumplimiento del pacto hecho con los españoles.—Nachi Cocom—Su carácter.—Atentado que comete contra los embajadores de Maní.—Sus consecuencias.—Batalla del 11 de Junio.—Relaciones de Montejo con los pueblos inmediatos á T-Hó.—Fundacion de Mérida.

Discurriendo algunos historiadores sobre las causas que pudieron impulsar á Tutul Xiú á reconocer el dominio español sin combatir, han creido encontrarlas en la supersticiosa influencia que debian haber ejercido en su ánimo las profecías de Chilam Balam. Pero fuera de que lo maravilloso debia para siempre desterrarse de la historia, creemos haber demostrado ya con argumentos sólidos (1) que los vaticinios atribuidos á los profetas mayas, fueron fraguados en los tiempos posteriores á la conquista; y que en cuanto á la poesía de que se declara autor á Balam —en caso de haber existido este personaje—na-

(1) Capitulo V de este libro.

da tiene ciertamente de profética. Poco pudo influir por consiguiente en el ánimo del príncipe de Maní, y evidentemente es necesario acudir á otra fuente para explicar su conducta.

Basta echar una ojeada sobre el mapa de Yucatan y recordar algo de su antigua historia, para comprender la difícil situación á que se hallaba reducido Tutul Xiú en los momentos en que la península era invadida por los españoles. La revolución que un siglo ántes habia estallado en el país, habia reducido considerablemente los dominios de su familia y los habia encerrado dentro de un círculo de hierro, que condenaba á sus jefes á la impotencia. El señorío de Maní tenia al Oriente á los Cocomes, rivales y enemigos implacables de la casa de los Xiús; al Norte á los Cheles, rama destacada de la dinastía de Cocom, y al Oeste á la provincia de Acanul, cuyos habitantes podian ser todavía considerados como extranjeros, y cuyo cacique se habia hecho aliado de Montejo en 1529.

Durante la primera invasion española, Tutul Xiú permaneció tranquilo en sus Estados, porque la guerra se limitó á la region oriental de la península. Pero cuando doce años despues, el sobrino del Adelantado ocupó á T-hó y alcanzó en seguida la victoria de Xpeual, aquel príncipe comprendió que el territorio de Maní no tardaría en ser invadido y que sus vecinos los Cocomes, los Cheles y los hijos de Acanul, en vez de auxiliarla, contemplarían gozosos su derrota. Y no dudaba del mal éxito de una batalla con los españoles, porque hartó se lo hacian adivinar la exiguidad de su ejército y la fama de invencibles de que gozaban aquellos. Todas estas consideraciones acudieron sin duda al ánimo del monarca indio, y entre derramar inútilmente la sangre de sus vasallos y solicitar la amistad de los invasores, se decidió por el último extremo. Ya hemos visto como cumplió esta decision y como fué mas allí tal vez de lo que habia imaginado, ofreciendo ayudar á Montejo en su empresa.

Dado el primer paso en el plan de conducta que se habia trazado, Tutul Xiú fué consecuente hasta el fin á sus nuevos aliados. Luego que estuvo de vuelta en Maní convocó á los caciques y á los sacerdotes de los pueblos que dependian de él, y les comunicó la alianza que acababa de celebrar con los españoles. La asamblea aprobó por unanimidad su conducta, penetrada sin duda de los graves motivos que la habian dictado. Entónces Tutul Xiú reunió á los mismos personajes que le habian acompañado á T-Hó y les confió una embajada para *Nachi Cocom*, que á la sazón ocupaba el trono de Sotuta, y otra para los *Cupules* (2), que como hemos dicho en otra parte, dominaban la region oriental, hácia el lugar donde despues se erigió la villa de Valladolid.

Recibidas las instrucciones de su señor, los embajadores se pusieron inmediatamente en camino, y llegados á Sotuta é introducidos á la presencia del cacique, espusieron en estos términos el objeto de su mision: Dijeron que el país de los mayas estaba pasando en aquel instante por la crisis mas terrible que recordaban los siglos: que los hombres blancos, que disponian del trueno y del rayo para aniquilar á sus enemigos, habian vuelto á poner los piés en la península: que en tan grave conflicto para la patria, todos los príncipes mayas debian echar en olvido el odio hereditario que los dividia entre sí, y ponerse de acuerdo para conjurar la tormenta, próxima á estallar sobre las cabezas de todos. Que las victorias que los españoles habian alcanzado no solo en Yucatan, sino en otras provincias remotas y muy poderosas, como la de Moteuczoma, habian hecho comprender á Tutul Xiú que eran invencibles: que por este motivo habia hecho la amistad con ellos, que ex-

(2) Cogolludo les dá el nombre de *Kupules*; pero como este apellido maya no existe, y sí el de *Cupul*, hemos creído que este historiador padeció una equivocacion, dimanada probablemente de que los papeles que consultó, fueron escritos por algun soldado español, que desconocia completamente la ortografía india.

hortaba á Nachi Cocom á que hiciese lo mismo; y que por último procuraria que todos los príncipes de la tierra imitasen su ejemplo, á fin de evitar los horrores que acompañan siempre á una guerra de conquista.

Nachi Cocom escuchó atentamente á los embajadores y prometió dar su respuesta dentro de cinco dias, tiempo que consideraba necesario—dijo—para consultar la voluntad de su pueblo. Convocó con este objeto, una junta á que asistieron todos los grandes vasallos del cacicazgo, y cuyas deliberaciones fueron tan secretas, que nadie en el público pudo traslucir la resolucion, que en ella se hubiese tomado. Terminada esta formalidad, á que los príncipes mayas solian acudir en las grandes ocasiones, los embajadores de Maní, fueron invitados á pasar á un sitio despoblado, llamado Otzmal, donde segun se les dijo, el cacique de Sotuta les comunicaria su decision.

Acudieron al lugar de la cita y quedaron muy complacidos de las grandes fiestas que se habian preparado para obsequiarlos. Una de éstas era la gran caza de montería, á que todavía son muy aficionados los indios, y á la cual dán en su idioma el nombre de *ppuh*. Los vasallos de Tutul Xiú se mezclaron con los de Cocom, se esparcieron indistintamente por el campo, y con una alegría frenética se entregaron todos á su diversion favorita. En la tarde volvieron á reunirse para comer en comun el producto de su caza, y la cerveza india que corrió en abundancia, vino á poner el colmo á la esplendidez del banquete. Tres dias duraron estas fiestas, en las cuales el anfitrión pareció esforzarse con su amabilidad y magnificencia en hacer olvidar el odio secular, que habia dividido á los dos pueblos, representados allí.

En la tarde del tercer dia, el banquete se celebró bajo un frondoso árbol de zapote, cuyas ramas cubrian con su sombra á todos los convidados. Se habia cumplido el término que el señor de Sotuta habia exigido para dar su respuesta al mensa-

je de Tutul Xiú, y los enviados de éste la auguraban muy buena, en vista del agasajo con que eran tratados. Pero hácia el fin de la comida, y cuando los incautos embajadores estaban sin duda un tanto beodos, los vasallos de Cocom se arrojaron súbitamente sobre ellos y los asesinaron sin piedad, acompañando con palabras injuriosas y soeces este acto de barbarie. *Kin Chí* fué el único á quien respetó el puñal de los asesinos; pero Nachi Cocom ordenó en seguida que le sacasen los ojos con una flecha, y mientras el infeliz se retorcia con los dolores que le causaban sus heridas y se enjugaba la sangre que inundaba su rostro, el autor de su desventura hizo llegar á sus oidos estas palabras: “Contarás á tu señor lo que has visto, le dirás que esa es la respuesta que doy á su mensaje y el castigo que impongo á su cobardía” (3).

Cuatro capitanes se apoderaron entónces del pobre ciego, y sirviéndole uno de lazarillo, le condujeron hasta la frontera de la provincia de Maní, donde le abandonaron á su suerte. *Kin Chí* comenzó á dar gritos luego que se sintió soló, algunos

(3) Landa, y aun el bachiller Valencia, segun el mismo Cogolludo, colocan este suceso en una época anterior. Dice el primero que á consecuencia del hambre que reinó en la península despues de la primera invasion española, el cacique de Maní determinó hacer un sacrificio solemne en Chichén—Itzá para implorar el favor de los dioses en aquella calamidad pública. Que con este motivo pidió licencia á Cocom para pasar por sus Estados, el cual se la otorgó. Pero que luego que Tutul Xiú y sus principales capitanes llegaron á Sotuta, Cocom mandó prender fuego á las casas donde habian sido alojados, haciendo asesinar á los que pretendieron huir de las llamas. (*Relacion de las cosas de Yucatan* § XIV). Nuestros lectores darán á esta relacion el crédito que les parezca. En cuanto á nosotros, ya hemos manifestado las razones que nos hacen preferir á Cogolludo.— Hay en favor de la version asentada en el texto, una pintura que conservan todavía los habitantes de Maní, y que parece haber sido ejecutada en los primeros años de la dominacion española. Está hecha en tela de algodón y representa un escudo de armas, orlado con las cabezas de los embajadores asesinados, entre las cuales se distingue la de *Kin Chí* por tener clavada en la sien la flecha con que le sacaron los ojos. Ocupa el centro del escudo un árbol corpulento, que representa el zapote, bajo el cual se cometió el asesinato, y que hasta el año de 1842 se conservaba todavía en pié, segun aseguraron á Stephens los indios de aquella poblacion. (Stephens, viaje á Yucatan, tomo II, capítulo XXV).

caminantes acudieron en su auxilio, y conducido á la presencia de Tutul Xiú, dió cuenta á éste del sangriento éxito de su embajada.

El atentado de Nachi Cocom no tenia precedentes en la historia de los mayas: la persona de un embajador habia sido considerada siempre como inviolable, cualquiera que fuese el objeto de su mision, y el cacique de Maní, que pecaba de bondadoso y confiado, lloró por mucho tiempo la gran pérdida que habia experimentado con la muerte de sus principales vasallos. Adivinó además, en esta transgresion del derecho de gentes americano, que el rival de su dinastía estaba dispuesto á llevar su odio hasta un extremo que aun no podia preverse, y así cuidó de participarlo á sus aliados, los españoles.

Francisco de Montejo recibió la infausta noticia en los momentos en que creia mas asegurada que nunca su empresa. Varios caciques de las inmediaciones de T-hó se habian presentado en su campamento á reconocer espontáneamente el señorío del rey de Castilla, y los presentes con que habian acompañado este acto de sumision, hacian reinar la abundancia y la alegría entre su pequeño ejército. Afectó no dar mucho valor al suceso que le comunicó el mensajero de Maní; pero hizo todos los preparativos necesarios para ponerse al abrigo de cualquiera sorpresa.

Entretanto Nachi Cocom no estaba ocioso. Este príncipe, descendiente de aquella antigua casa que Kukulcan habia elegido en otro tiempo para regir los destinos de los mayas, estaba muy orgulloso de su origen, que creia divino; y como se habia cuidado de instruirle en la historia de su patria, sabia muy bien que un Tutul Xiú habia acaudillado el movimiento que arrojó á sus mayores del trono de Mayalpan. Veia en el último descendiente de este caudillo, un detentador de los derechos señoriales que él creia poseer sobre una gran parte de la península, y por esta razon, y no por otra alguna que sepamos,

aborreció desde sus primeros años al cacique de Maní. Por la misma razon aborreció á los españoles desde el instante en que desembarcaron en el país con la pretension de someterlo por medio de las armas. No se admiró mucho de que se hubiese aliado con ellos Tutul Xiú, porque teniendo á éste casi por tan extranjero, como á Montejo, le pareció muy natural que aquellos dos usurpadores se reuniesen para repartirse entre sí los despojos del señor legítimo de la tierra. Pero esta alianza, aunque esperada y temida á la vez, hizo rebosar el odio en su corazon, y juró vengarse de una manera digna de su raza. Exaltóse hasta el frenesí su patriotismo, si es que merece este nombre el empeño que los reyes ponen en conservar el dominio sobre sus vasallos, y ya hemos visto hasta qué extremo lo llevó con los embajadores de su crédulo rival.

Despues del atentado de Otmal, que era por sí mismo una declaracion de guerra, numerosos embajadores se destacaron de Sotuta hácia la region comprendida entre la ciudad de Itzmal y el territorio de los Cupules. Era una cruzada que Nachi Cocom promovia contra los españoles, invitando á todos los pueblos orientales á reunir sus fuerzas con las de Sotuta para caer un dia determinado sobre T-hó. Los mensajeros supieron comunicar á los caciques de estos pueblos el fuego que ardía en las venas de su señor, y todos prometieron concurrir al lugar de la cita con el mayor número de fuerzas que pudiesen levantar.

En la tarde del 10 de Junio de 1541 se descolgó sobre el campamento de T-hó una nube espesísima de indios, tal cual jamás la habian visto los españoles en Yucatan. Las probanzas que consultó Cogolludo para trazar su historia, hacen ascender el número de aquellos á una cantidad que difiere de cuarenta á sesenta mil. Cualquiera que fuese, era bastante desproporcionado al de doscientos cincuenta españoles que poco mas ó menos tenia consigo Montejo. Es probable, sin embargo, que es-

te último número hubiese sido aumentado con algunos indios aliados, suposición que nos autorizan á hacer, las relaciones que los castellanos tenian ya en el país, y el deseo que debia alimentar Tutul Xiú de vengar la muerte de sus embajadores.

Los agresores emplearon la tarde de su llegada y la noche que sobrevino luego, en levantar trincheras y empalizadas para su defensa, y en amontonar toda clase de obstáculos al rededor del campamento para evitar que se fugasen sus enemigos, á quienes ya tenian por vencidos. Todo este aparato no intimidó á los españoles, y al despuntar la aurora del dia siguiente, infantes y ginetes descendieron majestuosamente del cerro, entre la gritería inmensa con que los indios saludaban el principio de la batalla.

Esta fué una de las mas encarnizadas que se libraron en el discurso de la conquista, y los castellanos, á pesar de la confianza que afectaban, debieron haber sentido mas de un estremecimiento al calcular la fuerza de sus enemigos por las nubes de flechas que atravesaban el aire. Es verdad que las armas de fuego hacian una carnicería espantosa en aquellas masas compactas de gente desnuda; pero los muertos desaparecian al instante y ocupaba su lugar un número igual de vivos, que arrojaban flechas á centenares y herian con sus espadas de pedernal al que osaba acercarse. La caballería hacia tambien prodigios de valor; pero los mayas ya tenian muy poco temor á estos mónstruos de la guerra, y mas de un ginete pagó cara su temeridad de arrojarse entre las filas de los agresores.

Al cabo de algunas horas de combate, los castellanos creyeron haber triunfado de sus enemigos con quitarles algunas trincheras que éstos habian defendido con tenacidad. Pero se encontraron con que mas allá de estas fortificaciones los indios habian construido otras, tras de las cuales se detuvieron á empeñar de nuevo el combate. Y la lucha siguió por entónces tan tenaz y desesperada, como habia comenzado. Los españo-

les que péleaban á pecho descubierto, solian guarecerse tras los cadáveres de sus enemigos, que en gran número andaban regados por el campo.

Comenzaba el sol á declinar hácia el Occidente cuando los indios que habian ido retrocediendo de trinchera en trinchera, perdieron la última línea de fortificaciones que habian levantado, y entónces echaron á correr por los bosques, poseidos del pánico de su derrota. Los castellanos los siguieron un buen trecho; pero satisfechos á poco rato de la difícil victoria que habian alcanzado, se volvieron á su campamento á dar gracias á la Providencia por el peligro de que se habia dignado librarlos. Otra vez ocurrieron al santoral, y habiendo hallado que aquel era el dia en que la Iglesia celebra á San Bernabé apóstol, lo aclamaron por patron de la ciudad que pensaban erigir en T-hó, aunque seis meses ántes habian hecho un voto igual en favor de San Ildefonso.

La victoria del 11 de Junio fué decisiva en favor de los españoles. Los indios no volvieron á dar ninguna batalla campal desde entónces, y la débil guerra que en lo sucesivo hicieron á sus enemigos, se redujo á emboscadas y escaramuzas. Francisco de Montejo aprovechó esta coincidencia para afirmar sus relaciones de amistad con los caciques circunvecinos, y cuando entró el año de 1542, el dominio español era ya reconocido en un radio de cuarenta á cincuenta millas al rededor de su campamento.

El capitan general comprendió entónces que convenia ya echar los cimientos de la futura capital de la colonia en aquella ciudad monumental de los mayas, préviamente escogida por su padre, y que estaba ya identificada con los sucesos mas importantes de la conquista. El nombre de la ciudad estaba designado de antemano. A la vista de los grandes edificios que descollaban sobre las colinas artificiales de T-HÓ, y entre cuyos escombros se arraigaban árboles seculares, los invasores

trajeron á su memoria aquella *Emérta* romana de la antigua Lusitania, cuyo anfiteatro en ruinas revela todavía el poder de la nacion que lo construyó. El nombre de *Mérida* corrió de boca en boca, y el jefe del ejército lo adoptó oficialmente en el acto de la fundacion (4).

Este hecho importante de nuestra historia tuvo lugar el día 6 de enero de 1542. Francisco de Montejo reunió en su alojamiento á un gran número de sus compatriotas, y presente el escribano Rodrigo Alvarez, con un acento que las circunstancias debian hacer solemne, dijo: que en virtud de los poderes que tenia de su padre, habia venido á la provincia de Yucatan con el ánimo de cristianizarla y sujetarla al dominio del rey de Castilla: que uno de los medios mas eficaces para conseguir este doble objeto, era el de fundar villas y ciudades que hiciesen comprender á los mayas la determinacion que los españoles habian tomado de arraigarse en el país: que la fundacion de San Francisco de Campeche habia dado el brillante resultado de que se pacificasen los pueblos circunvecinos: que tambien se habia conseguido la pacificacion de la provincia de Cehpech, en que se hallaban, de la de Acanul, Maní y otras comarcas: que aun se conservaban indómitas las de Sotuta, Choacá y Bakhalal; y que finalmente, siendo necesario fundar una colonia en el corazon del país, que sirviera para mantener la sujecion de las unas y conseguir la de las otras; él, Francisco de Montejo, en su calidad de teniente de gobernador, justicia mayor, repartidor y capitán general, fundaba en el asiento de *T-Hó* una poblacion española con el nombre de *ciudad de Mérida*, sobre la cual invocaba las bendiciones del cielo, puesto que se fundaba con el objeto principal de extirpar la idolatría de toda la península (5).

(4) Landa, *Relacion de las cosas de Yucatan* § XLII. -- Bienvenida, carta fecha en Yucatan á 10 de Hebrero de 1548, que se conserva en el Archivo de Simancas, donde probablemente la consultó el abate Brousseau.

(5) Colocamos en el apéndice los trozos originales del auto de fundacion, que nos conservó Cogolludo. Véase el número 6.

El escribano ya mencionado levantó una acta, en que constaban todas estas razones, y la suscribió en union del fundador de la ciudad, entre las aclamaciones y vítores de todos los circunstancias. Terminada esta solemnidad, Francisco de Montejo procedió al nombramiento de funcionarios públicos en virtud del poder omnímodo que conferia á su padre y á sus sucesores la capitulacion de 8 de Diciembre de 1526. Designó para alcaldes al capitán Gaspar Pacheco y á Alonso de Reinoso, y para regidores á Jorge de Villagomez, Francisco de Bracamonte, Francisco de Zieza, Gonzalo Mendez, Juan de Urrutia, Luis Diaz, Hernando de Aguilar, Pedro Galiano, Francisco de Berrio, Pedro Diaz, Pedro Costilla y Alonso Arévalo. Unos y otros prestaron el juramento de estilo ante el teniente de gobernador, y desde el día siguiente tomaron posesion de sus respectivos encargos y comenzaron á ejercer sus funciones.

La historia no solo ha conservado los nombres de los primeros funcionarios públicos que tuvo la ciudad, sino tambien el de los demas vecinos que se establecieron en ella hasta completar el número de ciento, fijado en el acta de fundacion. Como para nosotros los yucatecos, no deja de tener interés cualquier pormenor enlazado con los primitivos tiempos de la colonia, colocamos en el apéndice (6) una relacion de aquellos, tal cual la hemos encontrado en la obra de Cogolludo. Solo falta en ella el nombre del teniente de gobernador, Francisco de Montejo, que fué sin embargo el primero á quien libró el ayuntamiento su carta de vecindad.

(6) Consúltese el número 7.